

# Rodolfo Lenz: hacia una filología crítica americana<sup>1</sup>

Vicente Bernaschina Schürmann  
Universität Potsdam

## 1. De la crítica filológica a una filología crítica

Rodolfo Lenz fue un filólogo cabal.

Fue, como lo diría Amado Alonso a pesar de algunas desavenencias fundamentales, “un hombre de ciencia” de suma “autoridad técnica” (Alonso 1961: 271), que “en la historia de la fonética española [...] ha de figurar siempre en un lugar de honor” (Alonso 1940: 273).<sup>2</sup> Fue el primero en describir científicamente la especial pronunciación en castellano de la *r* agrupada con otra consonante (Alonso 1940: 273) y también el primero en señalar y describir satisfactoriamente el fenómeno de la “vibración de las mucosas” (*Schleimhautvibration*) o “rehilamiento”, como lo llaman Alonso y Tomás Navarro Tomás (Alonso 1940: 274-75).

Fue, desde su llegada a Chile en 1890 a instancias de la fundación del Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, agente principal en la modernización de la filología en el país y en el continente, fomentando la práctica de la fonología, la dialectología, la lexicografía bajo principios científicos claros (Rabanales 2002: 180). En lo que respecta a la educación, fue participante activo en las reformas a la enseñanza de idiomas extranjeros, de la ortografía y de la gramática castellanas (ver Lenz 1914 y 1920).

---

1 Agradezco a Sergio Ugalde por sus insistentes inquietudes sobre Rodolfo Lenz que me llevaron a (re)descubrir sus caminos. Agradezco también la atenta lectura y valiosos comentarios de Pablo Faúndez y Katharina Einert, sin ellos de seguro me habría perdido por esos caminos.

2 Las desavenencias de Alonso con Lenz guardan relación con la joven “tesis araucanista” de éste último y las opiniones que fomentó o podría fomentar. De esta tesis –“que el español de Chile (es decir la pronunciación del bajo pueblo) es, principalmente, español con sonidos araucanos” (Lenz, 1940: 249)–, dice Alonso: “tesis sensacionalista preconcebida, con métodos deficientes que las afirmaciones hiperbólicas no logran disimular” (Alonso 1961: 281). Para más detalles sobre la reacción de Amado Alonso, Ramón Menéndez Pidal y Américo Castro frente a las propuestas de Lenz, ver (Bernaschina 2013).

Fue, además, junto a Julio Vicuña Cifuentes y Ramón Laval, el fundador de la Sociedad de Folclore Chileno en 1909, cuyo programa fue “una de las primeras clasificaciones teórico-prácticas de la Ciencia Folklórica, de las elaboradas en Iberoamérica” (Salinas 2011: 309). A través de esta institución, no sólo promocionó la importancia social y científica de los estudios folclóricos y populares en el país, sino además cultivó amplias redes internacionales de intercambio académico; entre otros, con investigadores como Robert Lehmann-Nitsche, Max Uhle, Silvio Romero, Franz Boas y Aurelio M. Espinosa (ver Velleman 2008: 13-16 y Salinas 2011: 306).

Lenz fue apasionado promotor de los estudios de lengua y cultura mapuches, en un país y en un momento histórico en que dichos intereses eran considerados intrascendentes para la nación y el progreso del saber; y dentro de ellos, no sólo fue el primero en recopilar, con el máximo rigor científico posible, materiales para el estudio del mapudungún de boca de los indígenas mismos (Sánchez 1992: 284), sino también el primero en sentar las bases analíticas y clasificatorias para las investigaciones que hoy conocemos bajo el nombre de estudios etnolingüísticos y etnoliterarios (ver Carrasco 1988).

A partir del cruce de todas estas disciplinas, en este enfoque ‘transcultural’ como lo expone Soledad Chávez Fajardo en un excelente artículo, Lenz fue el primero en componer en Chile, con su famoso *Diccionario etimológico de las voces chilenas derivadas de lenguas indígenas americanas* (1905-1910), un diccionario etimológico enciclopédico, crítico y científicamente completo del español de Chile (Chávez 2011: 92-93). Una obra que sentó precedente en la lexicografía histórica del continente y que en sí misma y en sus textos introductorios deja entrever “los bosquejos de una teoría del contacto entre el español y el mapudungun” (Chávez 2011: 104). En este punto, creo que sería necesario ir un poco más lejos para hacer justicia a la obra de Lenz, ya que esta teoría del contacto de asombrosa actualidad, también abre campo a reflexiones generales sobre el desarrollo de la cultura americana en contacto con diversas culturas indígenas, además de los contactos e intercambios preexistentes ya entre éstas mismas.

Más allá del carácter precursor de la obra de Lenz para distintos ámbitos de los estudios lingüísticos, hoy es de primera necesidad destacar en su legado la vigencia de un modo crítico de practicar la filología. Porque ser un filólogo cabal implica no sólo ser prolijo en la observación o enciclopédico en los saberes, sino en primer término ser capaz de interrogar y establecer demandas al sistema mismo con el cual se trabaja, sobre todo

cuando éste, sea por límites epistemológicos o por cuestiones de política, nos impide ver precisamente aquello que está delante de nuestros ojos.

Al inicio de *La oración y sus partes*, libro publicado en 1920 por el Centro de Estudios Históricos de Madrid, Lenz lo manifiesta sin ambages: no hay nada más nocivo para la filología y para los estudios de la lengua española que la perpetuación acrítica de esclerosadas ideas con raíces en los disparates de una gramática universal. Allí advierte:

se olvida a menudo que casi todos los estudios de lingüística han sido hechos por autores cuyo campo de investigación fueron las lenguas indoeuropeas o algunas de sus ramas. De consiguiente, casi todas las observaciones lingüísticas en que se fundan nuestras teorías generales son solamente aplicables a estas lenguas indoeuropeas, que, con todos sus millares de dialectos, en el fondo representan un solo modo de pensar primitivo (Lenz 1944 [1920]: 15).

Las reflexiones generales sobre lenguas y culturas que se desprenden de la obra de Lenz dan a entender que los fenómenos lingüísticos observables en América son de una importancia insólita para la filología hispánica en particular y para las filologías románicas en general, puesto que implican una revisión y reformulación epistemológica de la disciplina. Ante la existencia viva de las lenguas indígenas y el prolongado contacto de éstas con el español en América, Lenz no sólo comprendió lo importante que era esto para el estudio directo de las variaciones de una lengua trasplantada a una naturaleza y un medio cultural completamente nuevo, sino también una oportunidad única para enriquecer nuestros conocimientos sobre el lenguaje humano en general. Aún si esto implicaba signar la insuficiencia de la propia disciplina. Nuevamente es *La oración y sus partes* la que nos da el tono: “Esperar que sólo con el estudio de las lenguas europeas pudiéramos llegar a comprender la psicología del lenguaje humano, me parece tan razonable como si un naturalista quisiera fundar una fisiología botánica estudiando sólo las rosáceas” (Lenz [1920] 1944: 31).

Actitud polémica, actitud de crítico: la obra de Rodolfo Lenz no sólo muestra un gran apasionamiento por la cultura popular y la cultura mapuche; su obra, además, establece demandas, plantea preguntas y ensaya respuestas que la disciplina, precisamente por sus principios y campos de interés, no estaba dispuesta a considerar. Una actitud, entonces, y la apertura hacia un ámbito de indagaciones filológicas y culturales que serán aspectos fundamentales en lo que hoy comprendemos como crítica latinoamericana.

## 2. Cuestión de principios: la sustancia original

En 1923, Américo Castro fue invitado a pronunciar un ciclo de siete conferencias sobre lengua y literatura española ante profesores y estudiantes del Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile. El, que hasta entonces fuera director del Instituto de Filología Hispánica de la Universidad de Buenos Aires, preparó un panorama que iba desde los orígenes del español en el siglo IX y X, pasando por el humanismo, Cervantes y Lope de Vega, hasta concluir, en su última conferencia, con una disquisición sobre “Metodología de la enseñanza de la lengua y la literatura españolas”.<sup>3</sup> Enterado de las investigaciones de Lenz y con miras a los conflictos que se habían desatado en hispanoamérica en torno al fragmentacionismo propugnado por los defensores de los idiomas patrios, Castro postulará el siguiente principio metodológico:

[Y]o creo fundamental en cuanto al lenguaje es estudiarlo separadamente del pensamiento y de la realidad. [...] El lenguaje, se ha dicho con razón, no es lógico, es psicológico, pero hay que añadir: el lenguaje, fundamentalmente, es lenguaje. Es como una encrucijada; hay en él una interferencia del mundo del pensar, del mundo íntimo, y del mundo real; pero no indica esto que el lenguaje, por sí mismo, carezca de sustantividad. Tal como la encrucijada, es algo distinto de los caminos que en su terreno se cruzan. El lenguaje debe estudiarse como algo sustantivo. [...] El lenguaje vive autónomamente entre el pensar, el sentir y la realidad (Castro, 1924: 845-46).

Este llamado a una concepción del objeto ‘lenguaje’ en cuanto entidad autónoma y la necesidad de estudiarlo en sí mismo, surge evidentemente de las propuestas de la lingüística que habían desarrollado hasta ese entonces Charles Bally, Albert Sechehaye, entre otros, a partir del póstumo *Curso de lingüística general* de Ferdinand de Saussure. Un llamado en el que reconocemos el giro estructural de los estudios sobre el lenguaje y que consolidará su estatuto científico en el siglo XX.

Ahora bien, esta propuesta metodológica oculta una serie de opciones disciplinarias, que responden al carácter ideológico de los fines perseguidos por parte de esta filología hispánica moderna que empezaba a constituirse. Luego del desastre colonial de 1898 y la agudización de los nacionalismos

3 Las conferencias fueron publicadas en los *Anales de la Universidad de Chile* a lo largo del año de 1924 y hoy pueden consultarse en línea en: <<http://www.anales.uchile.cl/index.php/ANUC/issue/view/2310>> (20.08.2015).

periféricos en la península y de las querellas independentistas en América y el Caribe durante las primeras décadas del siglo xx, las élites intelectuales y políticas de España asumieron la tarea de iniciar una modernización institucional, económica, social e intelectual que lograra reintegrar a España en las pautas de las demás naciones europeas (Elizalde 2000: 202). “Con el fin de superar la crisis finisecular, la dependencia política exterior de los dictados de las grandes potencias y encontrar soluciones comunes a los problemas sociales” (Sepúlveda 2011: 15), la estrategia adoptada fue la del panhispanismo o hispanoamericanismo; es decir, la insistencia del rol fundamental que jugaba España en la conformación de una inmensa comunidad cultural transnacional, sostenida por la raza (como síntesis de cultura), el idioma (garante de la comunidad), la historia (el pasado común) y la religión (vertebración de valores comunes) (Sepúlveda 2011: 23).

Dentro de este contexto, la misión que asumió la filología fue la recomposición de la comunidad espiritual y cultural que compartían América y la Península, dentro de la cual, por supuesto, la España castellana ocupaba el sitio hegemónico por origen y genealogía. José del Valle, por ejemplo, al estudiar el período de regeneración nacional y sus utopías lingüísticas, ha insistido en el perfil eminentemente nacionalista –imperial sin más, diría yo– que guiaba los esfuerzos de Ramón Menéndez Pidal y sus discípulos en su carrera por “contrarrestar el sentimiento antiespañol que pudiera existir en las antiguas colonias y asegurar la lealtad de la élite al proyecto de construcción de una comunidad hispánica moderna en la que se reservara un papel central a España” (Del Valle 2004: 111). Un proyecto político, entonces, que se sirvió del poder retórico de la ciencia con el fin de entregar una imagen icónica del castellano, desde sus orígenes y a lo largo de toda su historia, que lo retratara como una lengua civilizadora en esencia.<sup>4</sup>

La opción metodológica ofrecida por Américo Castro en su conferencia, es decir, la concepción del objeto ‘lenguaje’ como sistema autónomo del mundo que lo circunda, a pesar de su apariencia neutral, defiende es-

<sup>4</sup> Según del Valle y Stheeman, el nacionalismo cultural, en sus esfuerzos por prevalecer, genera inevitablemente ideologías lingüísticas que utilizan principalmente dos procedimientos retóricos para legitimarse: ocultamiento e iconización. El primer procedimiento redundante en una simplificación del campo sociolingüístico, invisibilizando a ciertas personas o actividades, mientras que el segundo, implica una transformación de la relación semiótica entre rasgos lingüísticos o variedades lingüísticas con las imágenes sociales a las que están vinculadas, lo que hace que ciertos rasgos lingüísticos aparenten ser representaciones de la esencia o naturaleza inherente de un grupo social (Del Valle & Stheeman 2004: 32).

tos mismos intereses. Como él mismo lo dice, el lenguaje parece poseer una doble vida: por un lado, existe en la contingencia, es una encrucijada entre el pensar, el sentir y la realidad, mientras que, por el otro, es en sí mismo portador de una sustantividad. Sustantividad de mayor interés para la ciencia que la mera contingencia y que es posible identificar en las características y dinámicas propias del lenguaje, que provienen de la historia interna de la lengua expresada en la tradición. Esta igualación de la dinámica interna de la lengua con su desarrollo histórico (Zimmermann 2011: 10) lleva a desestimar “las manifestaciones anárquicas y selváticas del hablar”, “esa floración espontánea del lenguaje desprovisto de cultura” (Castro 1924: 844) en pos de una ideal rector de la lengua (Alonso 1961: 278), que en la tradición literaria y cultural se expresaría siempre en la norma culta o literaria.

Ramón Menéndez Pidal, en una conferencia con fines divulgativos de 1944 titulada “La unidad del idioma”, lo expone del siguiente modo: es innegable que en la sociedad existen distintos tipos de hablas –habla culta o literaria, habla popular y habla vulgar–, pero eso no significa amenaza alguna para la unidad del idioma. Ésta está garantizada por la primacía del habla literaria, que es la expresión más cercana al sistema ideal de la lengua y que en su historia evolutiva siempre funge como eje rector de la interacción dialéctica que se da entre ésta y las hablas populares regionales. Así, el desarrollo evolutivo de la lengua se da entre el habla literaria y las populares regionales en la forma de “dos líneas ondulantes que caminan a la par y en la misma dirección” y cuya unidad está dada por el peso de la tradición (Menéndez Pidal, 1947 [1944]: 187).<sup>5</sup> Es decir, la manifestación histórica de “la idea de la lengua” de la que hablaba Alonso y que Menéndez Pidal resuelve aforísticamente: “la lengua está en variedad continua y en permanencia esencial” (Menéndez Pidal, 1947 [1944]: 196). Propuesta teórica que buscará explicar las realizaciones dialectales del español en América a partir de los orígenes peninsulares: no hay variación en la lengua actual que no existiera ya antes en potencia en el origen de la lengua.

Engarzada a esta perspectiva, la propuesta metodológica enunciada por Américo Castro para la filología hispánica *oculta o invisibiliza* precisamente aquellos fenómenos lingüísticos que podrían contravenirla, puesto que insisten en los contactos de la lengua con el pensar, el sentir y la reali-

5 La lengua vulgar, que como dice del Valle (2004: 125), es la que presenta los mayores peligros para la unidad de la lengua, desaparece rápidamente del esquema, puesto que al carecer de tradición, carece de gravedad sustancial.

dad. Sin estos factores, la lengua española es y será siempre esencialmente la lengua española, sea en Madrid, en Granada, en Galicia, en el valle de Anáhuac o al sur del río Bío-Bío.

### 3. Cuestión de principios: las dinámicas sociales

No es insignificante que Castro sostuviera esta conferencia ante profesores y estudiantes del Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, sobre todo al considerar que once años antes, Rodolfo Lenz había pronunciado en la misma institución una conferencia titulada ¿Para qué estudiamos gramática?, en la que afirmaba lo siguiente con respecto al lenguaje:

El lenguaje no es sólo un fenómeno sicofísico del hombre en general; es también, casi diría en primer lugar, un fenómeno social de cada nación y como tal toda explicación de lo existente debe fundarse en la historia del pasado (Lenz 1912a: 38).

Este enunciado no es sólo llamativo porque insta a estudiar al lenguaje precisamente en sus puntos de contacto con el pensar, el sentir y la realidad, sino además por las profundas consecuencias epistemológicas que tiene para la filología.

La comprensión del lenguaje en cuanto fenómeno sicofísico, Lenz la obtiene de sus lecturas sobre la *Völkerpsychologie*, en especial de los trabajos de Wilhelm Wundt. Según este último, el objetivo principal de la disciplina es la explicación genética de la comunidad de sentimientos e ideas que dan forma y sentido a un grupo humano determinado, entendiendo que ésta emerge de la interacción histórica de los individuos particulares con la multiplicidad de individuos junto a los que conviven.<sup>6</sup> “Las precondiciones de la experiencia subjetiva”, sostiene Wundt, son “las ideas y representaciones (*Vorstellungen*) heredadas de la tradición, el lenguaje y las formas del pensamiento contenidas en él y por último, los profundos efectos de la crianza y la educación” (Wundt 1997 [1900]: 241).

Con respecto al lenguaje, que es lo que a Lenz y a nosotros más nos preocupa, Wundt dice que es el ámbito de investigación principal, puesto que sólo en él tenemos acceso a los otros dos campos que completan el

---

<sup>6</sup> Ver también la exposición de los principios generales de la *Völkerpsychologie*, organizados por Eckardt 1997:12-21.

cuadro de la sicología étnica: el mito y las costumbres. El lenguaje tiene la virtud de ser simultáneamente una creación humana de carácter objetivo y subjetivo (Wundt 1997 [1900]: 246); en él “se refleja el mundo de las ideas y representaciones (*Vorstellungswelt*) de la humanidad” y en él se pueden observar transformaciones lexicales, morfológicas o sintácticas que dan cuenta de la formación o mutación de la conciencia de una comunidad, a partir de influencias síquicas o determinadas condiciones naturales o culturales (Wundt 1997 [1900]: 269).

Por estas razones, más que el mero contenido, importan las emociones, afectos y relaciones que expresan en el lenguaje los modos y formas de pensamiento de una comunidad. Lenz dirá: “El lenguaje siempre contiene elementos que no corresponden a la expresión de los conceptos propiamente tales, sino a la expresión de relaciones que se establecen entre las palabras para expresar con ellas la operación lógica de la formulación de juicios” (Lenz 1912a: 18). Postulado que ejemplificará bellamente en *La oración y sus partes*:

Si digo ‘el árbol está florido en la primavera’, o ‘el árbol tiene flores’, o ‘el árbol florece’, la representación total que analizo es la misma, aunque en el primer caso hablo de una cualidad (el participio adjetivo); en el segundo uso una fórmula transitiva y considero las flores como algo que posee el árbol, y en el tercer caso uso un verbo neutro y considero la cualidad como un fenómeno. Se trata de una particularidad de nuestra lengua que no encontraremos en todos los idiomas (Lenz 1944 [1920]: 56).

Como bien lo destaca Lenz, determinadas formas expresivas son particulares a los modos de pensar que ofrece una lengua. Sin embargo, esto no quiere decir que estas formas sean inmutables. La sicología étnica no es sólo diferente entre distintas comunidades, sino que está en constante variación dentro de comunidades que alguna vez tuvieron lengua e historia comunes. Una prueba de ello se encuentra fácilmente al mirar algunas diferencias fundamentales entre las mismas lenguas vulgares derivadas del latín (Lenz 1944 [1920]: 56).

Para comprender y explicar estas diferencias es necesario recurrir a la historia de la lengua, pero a partir de su dimensión social, sus usos efectivos. No se trata, entonces, de ir meramente al habla, como insistía Lenz siguiendo a von der Gabelentz (Sánchez 1992: 275), sino de concebir la historia y evolución de la lengua de un modo distinto. Para decirlo con una expresión de Antonio Cornejo Polar, se trata, por muy paradójal que



esto parezca, de “historiar la sincronía”, una sincronía complejamente heterogénea.

Wundt, al buscar puntos de apoyo para sus fines en la filosofía del lenguaje, se encontró con una gran limitación: desde el *Cratilo* de Platón hasta la famosa introducción *Sobre las diferencias de la estructura del lenguaje humano* de Wilhelm von Humboldt, existe una tendencia metafísica, preocupada casi exclusivamente del “solo problema del origen del lenguaje” (Wundt 1997 [1900]: 255 – destacado en el original). Lenz, por su parte, veía un problema similar en la filología hispánica, obsesionada con explicar la evolución de la lengua a partir de su origen y dinámicas internas, olvidando que éstas corresponden a “un solo modo de pensar primitivo” y desestimando los diversos aspectos naturales, sociales y culturales con los que la lengua ha interactuado constantemente. “Así como no existen pueblos de raza absolutamente pura y única, así tampoco existen lenguas que no hayan recibido ciertas voces de sus vecinos. Todas las lenguas de los pueblos de civilización europea conservan en sus etimologías la expresión clara de la historia de su cultura” (Lenz 1912b: 4). Si el lenguaje “es un fenómeno social de cada nación” y el castellano expresión de un pueblo de civilización europea, entonces resulta ineludible que “toda explicación de lo existente deb[a] fundarse en la historia del pasado”, es decir, no sólo en la historia de una lengua aislada, sino en todas las historias que conforman su pasado y su presente.

#### 4. Lenguas trasplantadas

En una conferencia pronunciada en el *XVII Congreso Internacional de Americanistas* celebrado en Buenos Aires en 1910 y publicada posteriormente en 1912, Lenz afirmaba polémicamente:

En la lengua castellana moderna sobrevive el recuerdo de que hace mil doscientos años los árabes trajeron a la España subyugada una cultura en muchos puntos superior a la de la raza que se había formado por la fusión del conquistador romano con el celtíbero, nuevamente conquistado por las tribus germánicas de suevos, visigodos y otros. El *albañil* que hace *acequias*, *alcantarillas* y casas con *zaguanes* y *azoteas*, fue árabe (Lenz 1912b: 4).

Lenz acababa de concluir su monumental *Diccionario etimológico*; obra verdaderamente precursora para su tiempo y que él consideraba una prue-

ba concreta de sus teorías sobre el lenguaje en general y de las características particulares del castellano en Chile como caso ejemplar del castellano en América. Todo estudio etimológico de una lengua viva, sostiene Lenz en la misma conferencia, remite los conceptos utilizados en la actualidad a sus orígenes, organizando las distintas voces según las lenguas de las que se derivan; lo que implica no sólo una afirmación de la riqueza léxica de una lengua, sino principalmente la posibilidad de conocer “cuánto han contribuido las distintas naciones al estado actual del lenguaje, o, lo que es lo mismo, al estado actual de la evolución síquica y cultural de la nación correspondiente” (Lenz 1912b: 3).

Visto desde esta perspectiva, el castellano de América presenta un caso especial, si no único en su extensión. Histórica y culturalmente hay que considerar de entrada que este idioma es una lengua “trasplantada”, que hubo de “amoldarse a la naturaleza antes desconocida del nuevo mundo” y “adaptarse a otro sistema de vida, con alimentación y habitación distintas de las antiguas españolas” (Lenz 1912b: 4). Hecho que resalta las variaciones en la lengua a partir de su interacción con un medio antes desconocido y lo que esto significó para la comunidad allí formada. Además, el castellano actual de América evidencia en sus voces la presencia viva del contacto e intercambio que experimentó con diversas lenguas indígenas pre y coexistentes: lenguas de las Antillas y México, de la zona Andina, el Amazonas, el cono sur y la Patagonia, entre otras (Lenz 1912b: 7).

La filología decimonónica en su mayor parte condenaba estas voces indígenas y populares, tildándolas de vicios y aberraciones que era necesario corregir y erradicar (Chávez 2011: 94), mientras que la filología hispánica de principios del siglo xx, en favor de la idea de una comunidad panhispánica, argumentará que estos préstamos léxicos son accidentes absolutamente insignificantes frente a la unidad morfológica y sintáctica del español. Para Lenz, con su mirada etimológica y etnológica, esta heterogeneidad léxica será la piedra de toque para una reevaluación de ciertos principios de la filología y puerta de entrada al estudio científico y desprejuiciado de las lenguas indígenas; ya no como mera herencia patrimonial, sino como fenómenos vivos desde hace siglos en y junto al castellano de América (Lenz 1926: 21).<sup>7</sup>

7 Importante es también que Lenz, luego de escribir su libro sobre *El Papiamento* (publicado por entregas en los *Anales de la Universidad de Chile* entre 1926 y 1927), contará dentro de estas lenguas vivas no sólo a varias lenguas indígenas, sino también “jergas

A fines del siglo XIX y principios del XX, filólogos de distintas regiones miraban con interés los cambios lingüísticos del castellano de América. Muchos tenían la esperanza de ver en ellos la formación actual de lenguas nuevas, tal como fuera el caso del latín vulgar; otros apoyaban la tesis para fortalecer nacionalismos y la idea de los nuevos idiomas patrios.<sup>8</sup> Sin embargo, para la década de los '20, esta tesis había perdido casi toda su fuerza: el castellano permanecía relativamente homogéneo en ambos lados del Atlántico.

Lo interesante de esta discusión no está tanto en la identificación fácil de grupos nacionalistas o panhispanistas, sino en las explicaciones y consecuencias que tuvieron éstas para el posterior desarrollo de la filología. Si según la historia de la lengua de esos años, la condición natural de una lengua es su tendencia a variar (más aún, alejada de su centro de irradiación), ¿cómo se comprende el hecho de que a pesar de la vasta extensión de América, esta parezca conservar su unidad? ¿Qué sucede con las vertientes populares y las lenguas indígenas?

En un artículo traducido por Américo Castro, el filólogo alemán Max Leopold Wagner, lector y crítico de Lenz, insistirá que las circunstancias históricas del latín y el castellano no son comparables y que ésta última se perpetúa íntegra en las personas de las clases elevadas tanto en España como en el nuevo mundo. Si hay variaciones, ya sean 'barbarismos', 'regionalismos' o 'indigenismos', estos afectan sobre todo a la lengua del vulgo, pero no son suficientemente fuertes para interrumpir en modo alguno "la continuidad de cultura" (Wagner 1924: 85). Ramón Menéndez Pidal será de la misma opinión: como lo mencionamos más arriba, para él, desde sus orígenes en el siglo IX, el castellano había generado una potencia cultural y una unidad interna que le otorgaba 'permanencia esencial' ante cualquier posible variación. Y en lo que respecta al factor indígena, decía ya en 1918: "En las lenguas indígenas no hallamos, pues, un elemento externo que diferencie claramente el habla americana, y acudiremos a buscarlo con más éxito tanto en los orígenes hispánicos, como en la evolución propia del español colonial" (Menéndez Pidal 1918: 5).

---

mezcladas de lenguas americanas y africanas con el español", lo mismo con el inglés, francés y holandés (Lenz 1926: 21).

8 En el caso de Argentina, piénsese en el libro de Luciano Abeille, *El idioma nacional de los argentinos* (1900) y en el de Chile, en la conferencia de Julio Saavedra, *Nuestro idioma patrio* (1907).

Lenz, por su parte, observaba el fenómeno desde otra perspectiva. Lenz estaba de acuerdo con el hecho de que la norma culta o literaria podía influir en el proceso de formaciones dialectales, promoviéndolo o desacelerándolo; pero esto no se debía a ninguna esencia que precedía al lenguaje, sino a razones de política. Con una idea que *grosso modo* anticipa en más de setenta años a *La ciudad letrada* de Ángel Rama, Lenz dirá al principio de su *Diccionario etimológico* que en América, a pesar de las vastas distancias geográficas, se instaló un gobierno lo suficientemente fuerte para establecer una norma cortesana y literaria, reguladora de ahí en adelante del comportamiento lingüístico de los grupos de poder y con ellos el de los demás grupos sociales. La administración de las provincias estaba en manos de personas procedentes del centro político; las ordenanzas y las leyes impusieron la escritura al fijarse ellas mismas por escrito; la creación de una cultura letrada conjuntó en torno a la administración a los poetas, por quienes nació y se instauró el modelo literario. “Así se han formado sobre base lingüística natural, pero por razones históricas de política, las que solemos llamar *lenguas literarias*” (Lenz 1977 [1905-1910]: 11 – destacado en el original).

Ahora bien, esta concepción política de la consolidación del castellano en América ofrecía una mirada diferente del funcionamiento de las dinámicas sociales del lenguaje que el que ofrecía hasta entonces la filología hispánica al enfocarse sobre el diastratismo. Porque si es claro que “hacia arriba prevalece la lengua escrita” con sus formas y usos particulares –dice Lenz utilizando una metáfora topológica social–, “hacia abajo prevalece la comunicación oral; la esfera de la vida doméstica y todas sus múltiples relaciones con la vida del individuo en cuanto a habitación, vestimenta, alimentación, con los artesanos y el comercio al menudeo que satisfacen necesidades diarias” (Lenz 1977 [1905-1910]: 12).

Hacia abajo, entonces, se difuminan los límites de la cultura letrada y en los usos lingüísticos de la vida cotidiana no encuentran únicamente expresión las formas afectivas y los pensamientos de las esferas populares e indígenas, sino también se efectúa su ingreso paulatino a la “lengua general”, que siempre es más que la sola norma literaria (Lenz 1977 [1905-1910]: 12-13). Si para un grupo de filólogos, estas formas expresivas serán meras variaciones superficiales, aceptadas por la lengua debido a sus posibilidades intrínsecas, para Lenz éstas son evidencias palpables de la ampliación del mundo de una lengua, a través de relaciones, afectos y representaciones de mundos culturales diferentes. Visto con cuidado, este fenómeno permite

romper, también, con los prejuicios instaurados por la ‘civilización’ sobre los demás estratos lingüísticos y adquirir un conocimiento mayor de la cultura y la historia americana, sea ésta la de las comunidades hispanas, criollas o indígenas.

La perspectiva etimológica y etnológica como puerta de entrada hace ostensible no sólo cuantos conocimientos recibieron los conquistadores de los indios de Chile, sino aun se podrá notar hasta qué grado la influencia de los quechuas en el Norte y Centro del país había alterado la civilización del mapuche, y con sorpresa se verá que por el estudio del Diccionario vulgar chileno será posible llenar algo el vacío casi absoluto en que estamos con respecto al alcance de la conquista incásica en Chile (Lenz 1977 [1905-1910]: 18).

Y de paso, esta perspectiva desmiente también a los que han calumniado a los mapuches, “diciendo que eran salvajes, casi sin agricultura, que apenas habían aprendido de los incas el cultivo del maíz y del *poroto*” (Lenz 1912b: 9). Los ochenta y siete tipos de papas que se cultivan en Chile con nombres de procedencia indígena son, según Lenz, irrefutable prueba de lo contrario. Además, un estudio de índole similar sobre la lengua mapuche dará cuenta de como ésta, en contacto con el castellano español y otras lenguas indígenas, supo adaptar para sí usos y costumbres de otras comunidades, incluida la literatura.

Como lo dice Lenz en su temprana conferencia *De la literatura araucana*: además del cultivo de las propias fábulas, leyendas y poemas, “los araucanos se han asimilado casi todo el tesoro de la literatura popular española” (Lenz 1897: 25). Esto no quiere decir que el movimiento de la cultura sea unidireccional y que haya que fijarse sólo en las tradiciones españolas, puesto que si se mira con cuidado, se detectará que “varios temas de las fábulas araucanas se encuentran en diferentes partes del mundo sin que sea necesario que provengan de una sola fuente” (Lenz 1897: 26). Así, en lo que concierne a la formación de la literatura, Lenz abandona también una investigación que quiera reducir todas las expresiones a una fuente originaria. Puede ser que todas las fábulas y mitos del mundo provengan de la cultura indo-europea, pero la obsesión por el origen no es capaz de enseñarnos nada sobre las formas en las que el intelecto humano en general se desarrolla a través del lenguaje y cómo en prácticas particulares, ambos encuentran formas expresivas diferentes: “La acción de la fantasía del pueblo más bien se muestra en nuevas combinaciones de antiguos episodios que en la invención de nuevos rasgos” (Lenz 1897: 31).

## 5. Afinidades electivas: colofón y envío

A los campos a los que se dirigieron las investigaciones de Rodolfo Lenz, no podía o no quería entrar la filología hispánica. Ya fuera por motivos ideológicos o por pruritos disciplinarios (aunque estos pruritos responden principalmente a *ocultamientos e iconizaciones* ideológicas, ver nota 4), en las formas expresivas populares e indígenas ésta no veía más que degradaciones de la cultura o, en el mejor de los casos, accidentes lingüísticos de poca o ninguna trascendencia. De los trabajos fonéticos del joven Lenz y su “tesis araucanista”, quedó para el recuerdo su “autoridad técnica” y sus precisas observaciones sobre la pronunciación de algunos fonemas. La lengua y literatura mapuches no eran más que una curiosidad folclórica, destinada a desaparecer ante el avance de la cultura hispana. Y las expresiones lingüísticas y poéticas populares no tenían gran importancia, si más allá del mero gusto de las masas, éstas no se afincaban en lo verdaderamente tradicional (Menéndez Pidal 1928: 39-40). Así, la filología hispánica no podía ver ni sentir los fenómenos que impulsaban a Lenz a plantearse constantemente preguntas para las que la práctica de la disciplina no tenía explicaciones satisfactorias.

Precisamente en cuanto a las afinidades del bajo pueblo por ciertas expresiones, en un prolijo estudio dedicado a la poesía popular impresa de Santiago de Chile, escrito en 1894 y sólo publicado en 1919, Lenz se permitía enjuiciar la calidad de algunos de los poemas de su colección. Con respecto al grupo denominado “versos de astronomía”, decía Lenz “que gozan de mucha aceptación, aunque son, generalmente, cúmulos absolutamente indigestos e indigeribles de palabras altisonantes (nombres geográficos) que no encierran ninguna idea comprensible” (Lenz 1918: 588). Y hacia el final del libro, sentenciará sobre ellos:

Es una literatura de alta alcurnia que ha caído al barro [...] Pero no por eso los poetas y cantores dejan de ser manifestaciones curiosas de la vida intelectual del bajo pueblo chileno; y en cuanto al significado, no creo equivocarme si digo que prueban que ese bajo pueblo, anhela por tener participación en la cultura de las clases superiores (Lenz 1918: 618).

De estos juicios y aclaraciones, me parece fundamental el balance que Lenz establece entre el fenómeno popular observado y su propia percepción mediante el uso de concesiones gramaticales. Es un gesto que no pretende, como lo interpretaba el crítico literario Emilio Váisse (seud. Omer Emeth)

en una reseña en el periódico, descubrir “la fuente de cierta poesía modernista” con “desaforado verbalismo” y “absoluta vaciedad” (Vaïsse 1940: 355), sino más bien un gesto, como el de Galileo si se quiere, que persiste en una pregunta insatisfecha. Estos versos nos parecen indigestos, dice Lenz, *aunque* gozan de aceptación; es literatura caída al barro, *pero* sus circunstancias no carecen de interés.

El mismo gesto se trasladará también al campo de la lengua y literatura mapuches a modo de crítica implacable al trabajo que habían hecho durante la conquista y la colonia cronistas y misioneros. Porque a pesar de haber cantado el valor de los mapuches, de haber celebrado sus virtudes retóricas y de haber tenido los conocimientos necesarios para escribir la lengua, no fueron capaces de transcribir poemas o discursos mapuches. Es más, para sus gramáticas y catequismos, inventaron oraciones y versos que nada tenían que ver con la realidad cultural y religiosa de los mapuches; e incluso algunos, como el Padre Olivares, tuvieron el descaro de enjuiciar su poesía en los siguientes términos: “la poesía no tiene entre ellos, aquellos conceptos altos, alusiones eruditas y locuciones figuradas que se ven en obras poéticas de las naciones sabias” (Lenz 1897: 5). Para todos estos casos, Lenz observa y critica:

Es el profundo desprecio que experimentaban para con las pobres poesías indígenas los contemporáneos secuaces de un Góngora, como es el orgullo de poseer la única religión verdadera el que no permitió a los mismos cronistas y con mayor razón a los padres misioneros que han escrito las gramáticas, que averiguaran sinceramente cuáles eran las creencias religiosas de los pobres herejes. Esas son las razones que nos han privado de un conocimiento más exacto de lo que cantaron, narraron y creyeron los indios del tiempo de la conquista (Lenz 1897: 5).

La crítica es rotunda y vista a la luz de la filología practicada por Lenz, de importantes consecuencias: si se trata de ampliar las fronteras del conocimiento humano, de sus formas de pensar, sentir y vivir en sociedad, es fundamental reconocer que las afinidades propias puedan ser nocivas, quizás fatales, mientras que las afinidades ajenas, puerta a un mundo inexplorado. Como lo sugiere Lenz en el *Programa de la Sociedad de Folklore Chileno*: la ciencia no puede atacar los diversos sistemas de valores que estudia, provengan éstos de las religiones, costumbres literaturas o usos lingüísticos; cada una de estas actividades se realiza en una esfera propia a la comunidad de la que emergen. No obstante, la ciencia tampoco puede abandonar su propia esfera y abandonarse al dictado de aquellos sistemas de valores.

Hay que buscar modos de investigación y pensamiento que no procedan autocráticamente, propone Lenz en el mismo programa al referirse a su entendimiento etnológico: si Luis XIV dijo “el Estado soy yo”, lo mismo hizo Descartes al fundar todo su sistema filosófico en su “yo” (Lenz 1909: 6).

El precario equilibrio que emerge en la mirada de Lenz ante las formas expresivas populares y mapuches a partir de las tensiones entre las afinidades propias y ajenas, puede quizás interpretarse como un primer tanteo hacia una filología americana. Filología que asuma para sí también la cuestión del otro, como la denominó Todorov, sin caer en la asimilación total, la implícita imposición de valores propios, ni en la categorización jerárquica, la explícita imposición de los valores propios (Todorov 1985: 56).

Por supuesto que Lenz no fue capaz de desprenderse de sus propios sistemas de valores, de su ideología: hay pasajes en los que diferencia aún entre lenguas o pueblos naturales y lenguas o pueblos de cultura, idiomas de alta cultura y otros de menor evolución, pasajes en los que se percibe una inclinación a la superioridad de la cultura occidental (Lenz 1914: 6) o hacia la de la ciencia alemana frente a otras.<sup>9</sup> Pero de seguro que nosotros mismos, ante los prejuicios de nuestro propio tiempo, tampoco lo haríamos mejor.

Lo fundamental es que a partir de estos prejuicios, Lenz fue igualmente capaz de practicar una filología abierta hacia una perspectiva cultural y social, dispuesta a reconocer y confrontar sus limitaciones, a reconocerse como un trabajo siempre inconcluso, consciente de la importancia de un trabajo colectivo y transdisciplinario (Lenz 1909: 6). Una filología que en las lenguas de América comenzaba a vislumbrar las múltiples historias que las conforman y la emergencia de una comunidad americana, jamás meramente hispana, criolla o india. Una mirada filológica, etnológica, cultural que ya a fines del siglo XIX y principios del XX, intentaba hacernos ver la pervivencia de organizaciones sociales y comunidades, que desde la conquista y al decir de José María Arguedas, han “permanecido, a través de tantos cambios importantes, distinta[s] de la occidental” (Arguedas 1977: 2).

---

9 En una carta, fechada el 28 de agosto de 1902 y dirigida a Robert Lehmann-Nitsche, Lenz confesará que siente mayor complacencia al obtener un breve comentario aprobatorio por parte de un tal Wilhelm Wundt, que veinte páginas de alabanza por algún chileno o similares, quienes no comprenden la importancia de la “mapuchería”. Nachlass (legado) de Robert Lehmann-Nitsche, Korrespondenzen: Briefe von Rodolfo Lenz an Robert Lehmann-Nitsche, Ibero-Amerikanisches Institut, Stiftung Preussischer Kulturbesitz, Signatur: N-0070 b 420.



Habrà que seguir la senda de Lenz, salir de la filología hispánica o románica en busca de quizás una filología crítica americana. Estoy convencido que a lo largo del siglo xx son muchos los que recorren caminos similares.

## Bibliografía

- ABEILLE, Luciano (1900): *El idioma nacional de los argentinos*. Con una introducción por Louis Duvau. Paris: Lib. Émile Bouillon.
- ALONSO, Amado (1940): "Rodolfo Lenz y la dialectología hispanoamericana". En: Lenz, Rodolfo: *El español en Chile*. Traducción, notas e introducción de Amado Alonso y Raimundo Lida. Buenos Aires: Instituto de Filología, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, pp. 271-278.
- \_\_\_\_ (1961): *Estudios lingüísticos: temas hispanoamericanos*. 2ª Edición. Madrid: Gredos.
- ARGUEDAS, José María (1977): "El complejo cultural en el Perú". En: *La formación de una cultura nacional indoamericana*. Selección y prólogo de Ángel Rama. México, D.F.: Siglo XXI, pp. 1-9.
- BERNASCHINA SCHÜRMANN, Vicente (2013): "Rodolfo Lenz, 150 años en disputa con el imperio de la lengua". En: *Revista Universum* 28, 2, pp. 117-138. <[http://www.scielo.cl/pdf/universum/v28n2/art\\_07.pdf](http://www.scielo.cl/pdf/universum/v28n2/art_07.pdf)> (20.08.2015).
- CARRASCO, Hugo (1988): "Rodolfo Lenz y el conocimiento y estudio de la etnoliteratura mapuche". En: *Cuadernos de Lengua y Literatura* (Homenaje al Dr. Rodolfo Lenz) 1, pp. 35-64.
- CASTRO, Américo (1924): "Metodología de la enseñanza de la lengua y la literatura españolas". *Anales de la Universidad de Chile* 2 (segunda serie), pp. 835-853. <<http://www.anales.uchile.cl/index.php/ANUC/article/viewFile/25536/28149>> (20.08.2015).
- CHÁVEZ FAJARDO, Soledad (2011): "Ideas lingüísticas de Lenz en los paratextos de su *Diccionario etimológico de las voces chilenas derivadas de lenguas indígenas americanas* (1905-1910): vigencia y urgencia en el español de Chile". En: *Lenguas Modernas* 38, pp. 83-106.
- DEL VALLE, José (2004): "Menéndez Pidal, la regeneración nacional y la utopía lingüística". En: Valle, José del/Stheeman, Luis Gabriel (eds.): *La batalla del idioma: la intelectualidad hispánica ante la lengua*. Madrid/Frankfurt a. M.: Iberoamericana/Vervuert, pp. 109-136.
- DEL VALLE, José/STHEEMAN, Luis-Gabriel (2004): "Nacionalismo, hispanismo y cultura monoglósica". En: Valle, José del/Stheeman, Luis Gabriel (eds.): *La batalla del idioma: la intelectualidad hispánica ante la lengua*. Madrid/Frankfurt a. M.: Iberoamericana/Vervuert, pp. 15-33.
- ECKARDT, Georg (1997): "Einleitung in die historischen Texte". En: Eckardt, Georg (ed.): *Völkerpsychologie - Versuch einer Neuentdeckung*. Weinheim: Beltz, pp. 7-122.

- ELIZALDE PÉREZ-GRUESO, María Dolores (2000): "Balance del 98. Un punto de inflexión en la modernización de España o la desdramatización de una derrota". En: *Historia y política: Ideas, procesos y movimientos sociales*, 3, pp. 175-206.
- LENZ, Rodolfo (1897): *De la literatura araucana. Discurso leído en la sesión pública de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile, el 1° de Octubre de 1897*. Chillán: Imp. Y Enc. De la Librería Americana de Carlos López.
- \_\_\_\_ (1909): *Programa de la Sociedad de Folklore Chileno (Fundada en Santiago de Chile el 18 de julio de 1909)*. Santiago de Chile: Imprenta Lourdes.
- \_\_\_\_ (1912a): ¿Para qué estudiamos gramática? Conferencia dada en la Universidad de Chile. Santiago de Chile: Imprenta Cervantes.
- \_\_\_\_ (1912b): "Los elementos indios del castellano de Chile". Separata de las *Actas del XVII Congreso de Americanistas*. Buenos Aires: Imprenta de Coni Hermanos.
- \_\_\_\_ (1914): *De la ortografía castellana*. 2ª Edición. Valparaíso: Francisco Enríquez.
- \_\_\_\_ (1919): "Sobre la poesía popular impresa de Santiago de Chile". En: *Anales de la Universidad de Chile* 143 (primera serie), pp. 511-622. <<http://www.anales.uchile.cl/index.php/ANUC/article/viewFile/25251/26586>> (20.08.2015).
- \_\_\_\_ (1920): *La enseñanza del castellano y la reforma de la gramática. Memoria presentada al Honorable Consejo de Instrucción Pública*. Santiago de Chile: Imprenta Universo.
- \_\_\_\_ (1926): "Problemas del diccionario castellano en América". En: Separata del *Boletín del Instituto de Filología* 1, 3-4, pp. 1-47.
- \_\_\_\_ (1944 [1920]): *La oración y sus partes*. 4ª Edición. Santiago de Chile: Editorial Nascimento.
- \_\_\_\_ (1949): *El español en Chile*. Traducción, notas e introducción de Amado Alonso y Raimundo Lida. Buenos Aires: Instituto de Filología, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.
- \_\_\_\_ (1977 [1905-1910]): *Diccionario etimológico de las voces chilenas derivadas de lenguas indígenas americanas*. Edición facsimilar dirigida por Mario Ferreccio Podestá. Santiago de Chile: Universidad de Chile, Seminario de Filología Hispánica.
- MENÉNDEZ PIDAL, Ramón (1918): "La Lengua Española". En: *Hispania* 1, 1, pp. 1-14.
- \_\_\_\_ (1928): *El Romancero: teorías e investigaciones*. Madrid: Ed. Páez.
- \_\_\_\_ (1947 [1944]): "La unidad del idioma". En: *Castilla, la tradición, el idioma*. Buenos Aires: Espasa Calpe, pp. 171-218.
- RABANALES, Ambrosio (2002): "Rodolfo Lenz". En: *Onomazein* 7, pp. 161-181.
- SALINAS CAMPOS, Maximiliano (2011): "El amor en la poesía y canto popular de Chile. Un manuscrito inédito de Rodolfo Lenz: *Die echte Volkspoesie. Dichtung und Musik der Frauen (1894)*". En: Chicote, Gloria/Göbel, Barbara (eds.): *Ideas viajeras y sus objetos. El intercambio científico entre Alemania y América austral*. Madrid/Frankfurt am Main: Iberoamericana/Vervuert, pp. 305-319.
- SAAVEDRA, Julio (1907). *Nuestro idioma patrio*. Santiago de Chile: Edición La Revista/ Imprenta Universitaria.
- SÁNCHEZ, Gilberto (1992): "La contribución del Dr. Rodolfo Lenz al conocimiento de la lengua y cultura mapuches". En: *Boletín de Filología de la Universidad de Chile*, 33, pp. 273-299.

- SEPÚLVEDA, Isidro (2011): "La familia hispanoamericana. Visión y reinención de América desde la España del siglo xx". En: Luengo, Ana/Schlickers, Sabine (eds.): *La reinención de Latinoamérica. Enfoques interdisciplinarios desde las dos orillas*. Frankfurt a. M. et al.: Peter Lang, pp. 11-34.
- TODOROV, Tzvetan (1985): *Die Eroberung Amerikas. Das Problem des Anderen*. Frankfurt a. M.: Suhrkamp.
- VÁSSE, Emilio (seud. Omer Emeth) (1940): *Estudios críticos de literatura chilena*. Tomo I. Santiago de Chile: Editorial Nascimento.
- VELLEMAN, Barry L. (2008): "La imagen y los ecos del lingüista profesional: la correspondencia de Rodolfo Lenz". En: *Revista de Lingüística Teórica y Aplicada*, 46, 1, pp. 11-28.
- WAGNER, Max Leopold (1924): "El Español de América y el latín vulgar". Comentarios de Américo Castro y Pedro Henríquez Ureña. En: *Cuadernos del Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires*, 1, 1, pp. 43-110.
- WUNDT, Wilhelm (1997 [1900]): "Völkerpsychologie. Eine Untersuchung der Entwicklungsgesetze von Sprache, Mythos und Sitte". En: Eckardt, Georg (ed.): *Völkerpsychologie – Versuch einer Neuentdeckung*. Weinheim: Beltz, pp. 239-270.
- ZIMMERMANN, Klaus (2011): "La construcción de la historia del español de América: propuestas y análisis crítico". En: *Cuadernos de la Alfal*, 2, pp. 8-24.